



Esta mañana, antes del alba,

“Cada quien nace con una inquietud, yo diría que a algunos nos la siembran.”

*

subí a una colina para mirar el cielo poblado

A mediados de los años 30, San Bernardino era una urbanización de clase alta, conocida también como el geto de los errantes judíos que llegaban a Caracas. Entre aquellos niños de piel muy blanca y cabellos oscuros, a veces podías ver a un moreno niño flaco que se colaba entre los matorrales. Si alguien lo hubiera seguido, lo habría observado en cuclillas frente a un poco de agua estancada que se formó luego de que la Naturaleza dejara el chorro abierto sobre la cabeza del Ávila y el río Anauco se desparramara entonces un poco más allá de su cauce.

El niño, que recogía un poco del agua estancada con un cucharón sopero, no buscaba quitarse la sed luego de un juego de béisbol. Su mirada era la que bebía, mientras observaba un rato el líquido turbio y el millar de puntitos negros que bailan en él.

El pequeño José Vicente trataba de reconocer en el agua larvas de Anopheles (mosquito que transmite la Malaria) y otra infinidad de bichitos casi invisibles. “Sentía una enorme curiosidad por ese mundo que no es de los hombres, o el de las palomas o el de los cochinos. Todo eso comenzó con mis visitas a los pozos del río Anauco”. Rememora hoy el niño convertido en octogenario. “Era un mundo nuevo. Esa fijación se me quedó. De modo que después de 75 años yo sigo hurgando en los pozos y me sigo maravillando con ellos.”

“Tuve un padre muy curioso que en un momento me dijo: vamos a hacer esto, mira esto, mira aquello. Me abrió las puertas a la contemplación del mundo natural. Simplemente se trató de un hombre a quien admiré mucho; a quien respeté o a quien simplemente temí.” La curiosidad de Scorza se amplió a un nido de ratón de monte que halló en su casa en La Pastora y a un pedazo de un panal de un criadero de avispas. “Poco a poco fui llenando mi ambiente del mundo natural, llenar mi cama de esas cosas que me fascinaban. Mi cuarto se convirtió en un museo”.

Scorza padre fue quien le regaló un volumen de una enciclopedia llamada *La llave del saber*. José Vicente se topó por primera vez

“Era un mundo nuevo. Esa fijación se me quedó. De modo que después de 75 años yo sigo hurgando en los pozos y me sigo maravillando con ellos”



Scorza hijo y Scorza padre

con una foto de la luna y supo que aquella circunferencia inalcanzable tenía cráteres.

“Me impresionó también un folleto que me obsequió con animales prehistóricos. Hoy en día saber de aquello es normal, porque los saurios los puedes ver en los museos y hasta en la televisión. Pero en aquellos años esa información era una gran revelación”. Scorza se acostaba pensando en la luna y sus cráteres; en las larvas que partían el agua como si se tratara del cristal de un calidoscopio; y en los dinosaurios, su piel de serpiente y puntiagudos dientes.

*

y le dije a mi alma: Cuando abarquemos esos mundos, y el conocimiento y el goce que encierran,

Finaliza una tarde y el niño José Vicente regresa de la escuela. Pasea por La Pastora , una barriada en donde las casas de colores fueron construidas juntitas y parecen abrazadas como unos compañeros de borrachera en una esquina. En una callejuela, el chiquillo ve a los hijos de sus vecinos: un grupo juega a las metras y otro está ocupado intercambiando barajitas de los jockeys del Hipódromo Nacional.

Dos cuadras más adelante observa a través de la ventana a un hombre de anteojos, calzado, en pijama y escribiendo. Inmediatamente capta su curiosidad, era tan raro en ese contexto como los cráteres de la luna. “Supe entonces que era

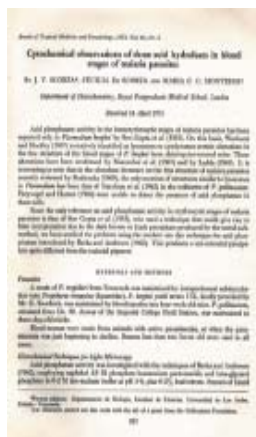
miembro de la Academia de la Historia, que se llamaba Héctor García Chuecos , y que era un historiador. Pero lo que más me llamaba la atención era su soledad y su dedicación.”

*

Ese niño que caminaba por La Pastora es el eje alrededor del cual se construye la historia del hombre José Vicente Scorza. Con García Chuecos conversaba varias tardes a través de la ventana. Fue uno de los hombres que despertó su inquietud sobre la responsabilidad, a ir más allá de una actitud contemplativa. “Necesitaba salirme de mí mismo. La escuela de artes plásticas, que quedaba también a un tiro de pedrada de mi casa, me ayudó a eso. Y allí, sin que nadie me condujera por las orejas, entré a pintar.”

Pero pronto el taller de pintura debió parar: Scorza tenía clases todo el día. El niño, cada vez más adentrado en la adolescencia, tuvo que conformarse con llegar a las cuatro o cinco de la tarde y mirar lo que estaban haciendo los estudiantes regulares. Salpicaban de pintura el piso y también sus fantasías de ser pintor, hasta que decidió inscribirse en clases de escultura con un profesor de apellido Maragal.

Scorza disfrutaba haciendo algunos dinosaurios a la medida de sus sueños. “No los veía tan grandes y trataba de revivirlos en pequeños modelados de arcilla. De esa manera los dinosaurios se levantaron del texto y se convirtieron en parte de mi imaginación.” “¿Te gusta lo que estás haciendo?” le preguntó en una de esas Maragal; saboreando la madera de su pipa. El maestro le puso barro, una mesa, unas



Arriba: portadas de trabajos de investigación realizados entre Scorza y Cecilia Dagert

espátulas. “Ponte a esculpir” sentenció. Lo que más sorprendía a Scorza era la rapidez de Maragal para remediar sus entuertos.

También le agradece al maestro haberle mostrado por primera vez una muchacha desnuda: una modelo... muy sobria, muy seria; pero desnuda.

Al niño Scorza le pareció que la arcilla se ablandaba un poco más de la cuenta con la transpiración de sus manos. Descubría un desnudo con absoluta naturalidad, tranquilidad. Incluso la muchacha le sonreía, probablemente porque se daba cuenta de que su exposición le turbaba. “Empecé a modelar y pronto aquello se me hizo rutina. Creo que pasé un par de años y no hice nada especial. Pero me tranquilizaba: salir de la escuela; de quinto, de sexto grado y esculpir. Mi otro escape, que no era escape, era ponerme a escuchar la música... Música con Pascual”.

Pascual Navarro, que luego se convertiría en un artista destacado, vivía a 150 metros de la casa de los Scorza. “Me colocó frente a un picó y pude escuchar música de unos discos de pasta muy gruesos. Así disfruté por primera vez trozos de óperas o pedazos de sinfonía.”

*

¿estaremos al fin hartos y satisfechos? Y mi alma dijo: no, una vez alcanzados esos mundos proseguiremos el camino.

El arte y el esfuerzo se conjuraron como parte de su naturaleza. “Se fueron integrando varios mundos: todo eso que los hombres patean y ven, pero que ninguno mira. El trozo de lo que no existe o que existiendo no está al alcance: los astros, venus, la luna, marte, saturno o de esos animales que existieron. Y un trozo bello, hermosísimo: el de la música.”

Scorza abre un poco de espacio a la nostalgia común de un abuelo. “Imagínate, en la actualidad muy pocas emisoras que dediquen unos minutos a transmitir este tipo de melodía. Me refiero a música que te obliga a meditar y a sentir. No la que te estremece, te pone a saltar y a mover los pies. Hablo de la música que te seda, que te tranquiliza, que te da nota.”

Música, como la de Wagner, lo acompaña cuando escribe sus textos. Ayer y hoy a sus 81 años. Siempre tratando de que el contenido científico transmita la sensación de lo maravilloso que es saber. En más de 200 artículos de revistas internacionales y con un verbo casi épico; órdenes, familias, géneros y especies de parásitos han sido develados a sus colegas.

En una pared del Laboratorio de Investigaciones Trujillanas José Witremundo Torrealba está recostada una pintura de una mujer con llagas en la cara.

Es un óleo que cuenta un rostro con Leishmaniasis que en uno de sus tantos recorridos por Trujillo observó. La enfermedad y el ser que la habita no sólo se volvió en el mundo más indagado, pesadilla y ganas de trabajar, por parte Scorza. También es parte de su imaginario, de su humanidad más universal. Ciencia con un poco de color, un poco de arte.



Retrato de José Witremundo Torrealba



Tu también me interrogas y yo te escucho, contesto que no puedo contestar, tú mismo debes encontrar la respuesta.

La memoria nunca extravió la forma de su cara, tampoco su cabello se perdió entre el sin fin de noches trujillanas que vinieron después. Su significado tampoco quedó en el olvido (aunque eso lo supo más tarde). Lo único que no recuerda es su nombre, casi setenta años después de haberla conocido.

Scorza era un jovencito solitario. “Nuca pertenezco a la peña de los dilatantes y disculpa la palabra”. Se excusa Scorza con un dejo de pedantería. “No sentía atracción por esa forma de vivir: estar pendiente del béisbol, del básquet, del Beverly Hills - dice seseando y chispeando un poco de saliva- palabras que nunca pude pronunciar bien, el nombre de aquella tierra plástica en que las mujeres que jugaban voleibol”. Eran mujeres inalcanzables, que se atrevían a enseñar a sus retratistas un poco más allá de sus pantorrillas.

El primer sueño de mujer para Scorza fue una criolla: sal y pimienta, carne y hueso. Un día, sin ninguna razón, (¿alguna vez la hay?) se fue detrás de una chica que estudiaba en una escuela nocturna. “Me sentí bien. Me sonrió, conversó y desde ese día la acompañé hasta su casa”. Scorza caminaba 15 cuadras arriba, en dirección a La Silla de Caracas; sólo por el gusto de hacerle compañía.

En una de esas andanzas, de regreso a La Pastora, escuchó voces de hombres a través de una ventana. Se asomó y vio a un grupo de obreros que trataban de resolver un problema en la pizarra. El maestro les había pedido que resolvieran una regla de tres compuesta, para calcular el interés y las ganancias de un capital en unos determinados meses. Scorza miraba.

¡Eso no es así! En el denominador tienes que poner 12 en lugar de 7; y en el numerador 7 en vez de 12- dijo el adolescente entrometiéndose. Era tan flaco que su figura podía observarse entera desde adentro. Los hombres miraron la pizarra. Uno de ellos borró unos números y siguió las instrucciones de Scorza. - ¡Ah! -dijeron en coro. El joven pudo contar más de 15 o 20 hombres en el grupo. Todos con



La barriada La Pastora, en Caracas (Foto: Corbis)

“La docencia, desde entonces, se ha convertido en una de las inquietudes más importantes de mi vida. Todo comenzó cuando decidí perseguir aquella poderosa falda”

bigote y patillas. Se miró a sí mismo y se sintió avergonzado por sus pantalones cortos.

-¿Porqué no pasas? -preguntó uno de ellos-

Entró; tomó la tiza y se puso a explicar. Luego de resolver el problema de matemática; siguieron con historia y la Campaña Admirable. El verdadero maestro de la escuela llegó a las 9 de la noche. "Déjelo que nos ha ayudado mucho" -dijo un obrero-. Le ofreció la mitad de su sueldo por encargarse del grupo.

liceo Fermín Toro en Caracas, después de finalizar sus estudios en el Pedagógico.

Más tarde se convirtió en profesor universitario de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad de Los Andes; y tutor de investigaciones de doctorado. Incluso se convirtió en investigador en casas de estudios internacionales como el Imperial College de la Universidad de Londres.

*



Scorza en la biblioteca del Centro de Investigaciones Trujillanas JWT

“Me gustó verme con aquellos hombres. De modo que cuando le dije a mi madre: ‘Quiero estudiar el bachillerato. Tengo la posibilidad de ir al liceo’ y ella me respondió que no teníamos dinero, me sentí desolado por un momento”. Aceptó entonces ingresar a la Escuela Normal de Caracas, donde obtuvo el título de Maestro Normalista en 1941.



Barrio El Calvario en Caracas (Foto: Las Prugola)

“La docencia, desde entonces, se ha convertido en una de las inquietudes más importantes de mi vida. Todo comenzó cuando decidí perseguir aquella poderosa falda”. Búsqueda que lo hace levantarse cada mañana trujillana para asistir a la Maestría en Protozoología y al Centro de Investigaciones Parasitológicas José Witremundo Torrealba; ambos ubicados en el Núcleo Rafael Rangel de la Universidad de Los Andes.



Postal del Tren Caracas - La Guaira (Foto: Las Prugola)

El camino de la docencia comenzó en aquella escuela nocturna, para luego recorrer cada uno de los niveles del ejercicio docente: maestro de primer, cuarto y sexto grado de la Escuela República de Panamá; profesor de bachillerato en el Liceo Rafael María Baralt en Maracaibo y en el

Siéntate un momento, hijo mío, aquí tienes pan para comer y leche para que bebas, pero después de haber dormido y haber cambiado de ropa te beso con el beso del adiós y te abro la puerta para que salgas.

Para su alivio, en 1942, Scorza tuvo que convertirse en hombre rápidamente y alargarse el ruedo. Su madre se las arregló para que pudiera ejercer la docencia pese a que tenía 17 años. Habló con el jefe civil de la parroquia para cambiar los datos de su partida de nacimiento, y no tuvo problema. De modo que, legalmente, José Vicente nació en 1923 aunque en realidad vino al mundo un año después.

Ante él se presentaba un reto tan intrincado como las escaleras de El Calvario. Las mismas que vio unos instantes antes de subir a la escuela República de Panamá, ubicada en lo que hoy se conoce como el 23 de enero.

En aquel tiempo no era más que un barrio sórdido, hábitat de todas las prostitutas de El Silencio: francesas, portuguesas, argentinas. Todas con sus labios de carmín y su olor a pachulí. Ese lugar era la última estación de ferrocarril de La Guaira y quedaba cerca del cuartel de Miraflores: tierra abonada para el surgimiento de un mercado de manzanas prohibidas.



Pascualina Benítez, madre de José Vicente Scorza

Teniendo ocho hermanas mujeres y una madre de carácter recio - Pascualina Benítez-, fue imposible que no se le subieran a la cabeza los vaporones de macho protector.

“Recuerdo que el director de la escuela me dijo: ‘Scorza, vas a ser el maestro de todos los hijos de puta que hay en Caracas’”.

Unos 600 metros más arriba de Caño Amarillo el joven maestro encontró una casita pequeña en la que apenas cabían los estudiantes. Decidió dar clases de volumen y capacidad construyendo un salón al lado de la pequeñita escuela. Levantaron además una biblioteca gracias a unas cuantas donaciones de libros que Scorza consiguió en la Academia de Historia. José Vicente recuerda su tiempo de maestro como una historia de realismo mágico.

“¡Ayyyyyayayayayyy!” Escuchó una mañana los gritos de una mujer. Era la voz de Doris, una compañera de trabajo en la escuela. Llegó al salón de Scorza, asfixiada y aterrorizada. Entonces lo abrazó buscando su protección y le dijo al oído. “Un niño me metió la mano por debajo de la falda. ¡Ayayayayyyyyyy! Me tocó. Allí.”

Teniendo ocho hermanas mujeres y una madre de carácter recio - Pascualina Benítez-, fue imposible que no se le subieran a la cabeza los vaporones de macho protector. Enseguida corrió al salón de Doris.

“¿Quién fue, carajo?” Varios de los niños miraron al responsable. Enseguida levantó el rostro asumiendo su culpabilidad. “¡Aja! Tú eres caliente. Pues, ven. ¡Vamos!”.

Scorza tomó al pequeño por un brazo y para quitarle la calentura decidió darle un baño. Sin querer lo lastimó en la frente con la lata del aljibe.

“Un escándalo”, recuerda José Vicente. A los minutos estaba todo el barrio en la puerta pidiendo su cabeza. Y en medio de todos apareció una mujer con un traje de lentejuelas y bien peinada.
-¿Quién coño de su madre le rompió la cabeza a mi hijo?- dijo la mujer ofuscada, entre el gentío que husmeaba cerca de la escuela-.

-Señora, fui yo- el maestro nunca fue un hombre de ocultar responsabilidades-.

¿Sabes cómo es la cosa? Ese muchacho no sabe quién es su padre para que vengas a maltratarlo- dijo la mujer con una mirada constante, como si estuviera retando a ese maestro flaco, pero más alto que ella-.
-Señora. ¿Sabe por qué lo hice?-
Scorza vio cómo le estallan los ojos al niño, quien no tuvo más remedio que acercarse a la madre y contarle de su delicada travesura.

José Vicente vio entonces cómo la madre se voltea, se quita el zapato y con el tacón le golpea, diciéndole: “¡Carajito! ¿Quién te ha dicho que todas las mujeres son putas, como tu madre?” A taconazos se llevó al niño barrio abajo.

“Maestro, discúlpeme” se escuchaba mientras madre e hijo se escabullían entre las calles del pecado.

*



demasiado tiempo has perdido en sueños deleznable, ahora te quito la venda de los ojos,

Metido en un campamento del frente de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, en el distrito Argimiro Gabaldón, Scorza reflexionó una noche de desvelo si en verdad deseaba una revolución en Venezuela. “Me gusta mucho el aceite de oliva y el queso parmesano. Y si nos convertimos en un país comunista, habrá que conformarse con aceite Vatel y quesito rallado”. Corrían los revoltosos años 60. Pese a la duda, continuó en la lucha hasta el final: vinieron combates, muertes, traiciones, cárcel, exilio, el desasosiego ante el fracaso y el tiempo. A los ochenta y un años, el cabello blanco y las manos temblorosas, todavía está a la espera de un cambio: que el poder no esté en manos de pocos sino de la mayoría.

La lucha armada quedó atrás, pero sobrevivieron ideas. Ideas que acompañan su quehacer científico motivado a resolver problemas de salud de los menos privilegiados; las columnas para el Diario Frontera sobre la guerra de Vietnam, la persecución política y

las decisiones del gobierno imperante a favor del “imperialismo ejercido por Los Estados Unidos”; y el apoyo a otras revoluciones como la cubana y la sandinista.

*

debes acostumbrarte al brillo de la luz

José Vicente Scorza se convirtió en marxista en la época que esa palabra era un sacrilegio. En las paredes del centro de Caracas se colgaban afiches que decían: “Quien no lucha contra el comunismo es comunista”. Las ideas de Lenin brillaban desde Europa como símbolo de hermandad y cambio social; y los jóvenes leían con horror en los periódicos cómo los fascistas crecían en el resto de Europa.

El primer “Camarada” de Scorza fue un compañero de la Escuela Normal de apellido Alvarado. El padre del compañero, y el propio Alvarado, lo engarzaron en el proceso a finales de los años 30. “Esa militancia la considero una bendición de Dios. El partido comunista nos exigía ser honestos, oponernos a cualquier vagabundería. De modo que cuando más tarde me pidieron un requisito político para seguir dando

“Esa militancia la considero una bendición de Dios. El partido comunista nos exigía ser honestos, oponernos a cualquier vagabundería. De modo que cuando más tarde me pidieron un requisito político para seguir dando clases en la escuela República de Panamá, pude decir ¡No!”

clases en la escuela República de Panamá, pude decir ¡No! No me vendí cuando me exigieron que firmara un carné político de las cívicas bolivarianas de Eleazar López Contreras”.

Como militante del Partido Comunista Venezolano, Scorza se hizo profesor de biología en el liceo Fermín Toro en 1946. Su célula estaba integrada por catorce personas, entre ellas varios profesores, empleados, un policía y un soldado; quienes se reunían clandestinamente en la Almacenedora Caracas en Catia.

“Una vez fuimos convocados. Esa noche leímos el diario Tribuna Popular. Los comunistas fuimos tildados de anticristos; pero nosotros nos preocupamos por tener en claro quiénes éramos: un grupo que no era tan poderoso y que, quizás ingenuamente, buscaba un verdadero cambio político y social”.

Scorza recuerda esa noche en especial por la paranoia que existía entre sus compañeros producto de la persecución del gobierno. “Uno de mis camaradas tenía una hija y le pedimos que nos avisara si venía alguien extraño. La muchachita con otra compañera se puso a bailar zapateado, charleston o una vaina así.

Creímos que nos estaba dando el aviso de la policía. Nos esfumamos en seguida. La verdad es que nuestro partido no era tan peligroso como se decía, pero para el gobierno era estratégico que el pueblo pensara que era así. Les interesaba además que Los Estados Unidos supieran que tenía una fuerte posición en contra de los hombres de izquierda.”

y de cada momento de tu vida.

En 1952 se convocaron elecciones presidenciales. Rómulo Gallegos había sido derrocado casi cuatro años antes, y la Junta Militar que lo sustituyó en el poder facilitó la creación de un estatuto de elecciones. El candidato de los rojos era Jóvito Villalva, del partido Unión Republicana Democrática. “El primer boletín de la media noche daba el triunfo a Jóvito. Él en vez de asumir su vaina como una cosa muy seria, se fue a celebrar con champaña en su casa. El partido oficialista, Frente Electoral Independiente, volteó la tortilla y oficialmente ganó Marcos Pérez Jiménez”. Lo anunció la Radio Nacional: el escrutinio dictaminó que el FEI ganó 60 diputados; mientras que URD sacó 29 y Copei apenas 14. El impulso de Scorza fue irse al Fermín Toro y llamar a los muchachos a reaccionar contra al fraude. Los intentos fueron vanos. A la media hora la policía rodeaba el liceo con un objetivo: apresar a José Vicente Scorza.

Logró escapar y consiguió asilo en la casa de un amigo que, casualmente, era nieto del escritor Fermín Toro. “Ellos me mantuvieron escondido por siete meses.

Cuando las cosas se calmaron, salí.” Sin posibilidades de regresar a su antiguo trabajo, luego de ser destituido por orden del ministro de Educación de entonces -Simón Becerra- se convierte en colaborador del científico José Francisco Torrealba.

Sus inquietudes por la lucha por los menos privilegiados fueron intensificadas en el campo de la



Scorza con boina, recordando a algún revolucionario argentino

salud; produciendo así sus primeras investigaciones sobre enfermedades tropicales. Finalmente ingresó a la Universidad Central de Venezuela, como Ayudante de Investigación en la Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales.

La persecución, el trabajo, la soledad –pues en esa época se separó de su segunda esposa Carmelina Regio, luego de que contribuyera sin querer a que la policía política conociera de sus movimientos - no amainaron su temperamento. En 1956 culminó su licenciatura en Biología. “Pero no quise recibir el título ese año. ¡Coño!

El rector de la UCV en ese momento era un policía. Nunca me interesaron los títulos y si tenía que recibirlos, no sería de manos de un canalla que iba en contra de todo lo que pensaba”. Cuando Scorza cuenta esta historia se le encienden los ojos, se disparan por sus labios ráfagas de malas palabras. Pero siempre conserva una voz mesurada, la voz de un disgusto matizado por el tiempo.

En 1958, año en que se produce la fuga de Pérez Jiménez, se arman las de cristo en la universidad. La mitad estaba con el dictador y la otra con la oposición. “Me llamaron entonces para poner orden en la Facultad de Ciencias, que en esos momentos estaba empezando. Me propusieron para ser decano, 27 de los 32 profesores que tenía la facultad. Acepté”. Eran tiempos de mucha confusión y los límites entre la Ciencia y la política se desdibujaban. También se escapaban los detalles, como aquel que casi le cuesta su nombramiento. Se salvó por la memoria afortunada del secretario

de la universidad: “Scorza: tú eres decano y no eres licenciado. No has recibido el título oficialmente”. Al relatar esta historia, José Vicente abre los ojos como cuando un muchacho recuerda que dejó a su novia embarcada. “A correr se ha dicho”. Fue el pensamiento del día en Scorza. “Actuamos rápido para graduarme esa misma semana. Como ya era decano mi título dice: ‘el bachiller José Vicente Scorza recibe el título de manos de José Vicente Scorza. Una vaina que sólo pueden verse en este país’”.

Scorza ocupó el cargo de decano de la Facultad de Ciencias de la UCV apenas unos meses entre 1959 y 1960. “Empezó la vaina de siempre: te apoya un grupo y ocho días más tarde salen los judas conspirando. Pensé: ‘¡No, Señor!’”. Actué: ‘Si ustedes quieren, tomen su decanato y me voy para el carajo’”.

En esos días estaba recién casado con Cecilia Dagerth, una ex alumna que había conocido en el Fermín Toro. “Con toda la soberbia, porque soy un negro soberbio, los mandé a la mierda. Me fui con Cecilia a Alemania. Rudolf Jaffe (médico judío alemán que ayudó a la lucha contra la Tuberculosis en Venezuela), me ayudó a que tuviera la posibilidad de dar clases en el Instituto de Medicina Tropical de Hamburgo.”

*

En Venezuela el conflicto con Rómulo Betancourt estaba cazado. Scorza tomó un avión en Hamburgo, y decidió unirse a las armas junto a otros compañeros como los Douglas Bravo, Tirso Pinto y Juan Vicente Cabezas.



Scorza como Decano de la Facultad de Ciencias de la UCV, lo acompañan los profesores Manuel Benforad (izquierda), y Alonso Gamero (derecha); en programa de opinión en **Radio Caracas T.V.** (1959)



Scorza recibiendo el título de Licenciado en Biología de manos del Dr. Salcedo Bastardo. (1958)

demasiado tiempo has vadeado, asido a una tabla en la orilla,

El helado invierno de Alemania no enfrió el ánimo de Scorza por cambiar a su país desde su germen. Fidel y sus barbudos de la Sierra Maestra habían triunfado en Cuba y el resto de Latinoamérica estaba llamada a participar. En Venezuela el conflicto con Rómulo Betancourt, que había salido victorioso en las elecciones presidenciales en 1959, estaba cazado. Scorza tomó un avión en Hamburgo, y decidió unirse a las armas junto a otros compañeros como los Douglas Bravo, Tirso Pinto y Juan Vicente Cabezas. “Me incorporé a la Fuerzas Armadas de Liberación Nacional y me dieron el título de capitán.”

Scorza llegó a un conflicto andante. Existía ya el frente de Falcón, el de oriente, el de Los Andes y el de Barinas. “Yo estaba en Trujillo, acompañando a Fabricio Ojeda. Era diputado y decidí unirse a las guerrillas en 1962. Éramos muy buenos amigos. Con él compartí mis dudas y frustraciones. Siempre me animó a seguir”.

La misión de Scorza fue hacer armamento para sus compañeros en el frente. “En Acarigua teníamos la fábrica. De manos de indígenas y campesinos se hicieron granadas de mano y morteros”. Su oficio era la parasitología, pero su compromiso político era fuerte. Con la excusa de ser invitado del Instituto de Medicina Tropical de Shanghai, José Vicente visitó la República Popular China para aprender a hacer las armas que sus camaradas usaron durante los años 60.



José Vicente en su visita a la China Comunista

“Estuve 5 años fuera de mi país. Porque estar en la cárcel no es estar en Venezuela, sino en el vientre del enemigo. En Inglaterra transcurrió el tiempo sin muchas nostalgias. Pero cuando me invitaron a volver, me vine. La lucha continuaría, pero de otra manera”

Luego vino el fracaso. Las estrategias del gobierno de Betancourt y a la postre de Raul Leoni, lograron encarcelar a las cabecillas del movimiento. Comenzaron las acciones desesperadas. Por una de ellas, José Vicente cae preso en 1965. Unos días antes, junto a un camarada de nombre Almeida Bolívar (por cuya cabeza el gobierno ofreció 20 mil bolívares) Scorza decidió rescatar a un compañero que había caído preso. El camarada era trasladado de la cárcel al Hospital Vargas, por una úlcera gástrica sangrante.

En el proceso dos guardias nacionales murieron en manos de Almeida. “Ellos hicieron resistencia y hubo que matarlos. Ya. Se acabó. Si no se mataban a los guardias; los guardias nos matan a nosotros. Eso dicho así, en frío, suena asqueroso. Pero en caliente, cuando entrompas al guardia, todo es diferente”. La noticia fue colocada en primera plana de El Nacional. La Digipol pretendía capturar a los responsables "vivos o muertos", como en las películas de vaqueros.

El Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas intensificó la búsqueda de Scorza. Semanas después fue capturado en una fábrica de armamento en los Teques. “Fui delatado por algún compañero de las FALN. No lo sé, no tengo la certeza. La policía me llevó y me pusieron junto a cuatro hombres de mi misma estatura frente a un espejo. Como en las películas, sólo faltaba el ventilador. Me reconocieron y me sentenciaron a cinco años de cárcel, acusándome de terrorista”.

Después de eso vinieron los golpes, los insultos, lo normal - cuenta Scorza-. Como se dice

coloquialmente, al hablar del tema se agua el guarapo, por lo que no desea dar detalles. “Lo que no es normal es que en menos de diez días tenía auto de detención. En doce me habían condenado y enviado al pabellón nuevo de la cárcel modelo. Sin duda, el régimen de Acción Democrática fue muy rápido conmigo”.

*

ahora quiero que seas un nadador, que te arrojes al mar,

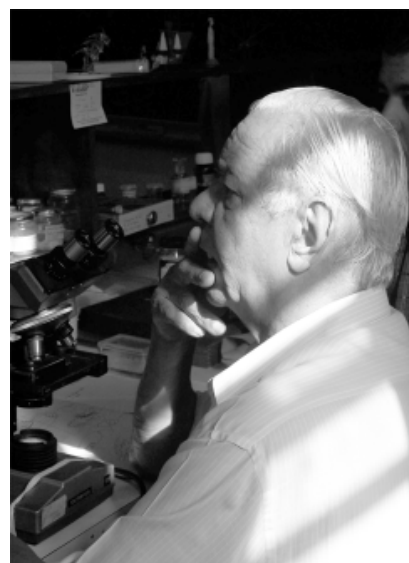
Scorza continuó su vida, junto a otros 240 compañeros, en el pabellón nuevo de la Cárcel Modelo. “Confieso que cuando caí preso me sentí el hombre más feliz de la tierra. Para mí estar en la calle era un laberinto. Sabíamos que éramos traicionados, negociados. Lo otro era morir. Mejor fue la cárcel. Era lo menos que podía hacer el enemigo. Si te agarran haciendo armas, tienen que joderte”.

Dentro de la cárcel, José Vicente organizó una escuela primaria y enseñó a antiguos camaradas a leer y a escribir. “Teníamos nuestra disciplina, mantuvimos la cohesión y la identificación. De lo contrario el enemigo nos volvía mierda. No contamos con los que quedaron afuera. Nos convertimos en símbolos de la lucha. A ellos les convenía que existieran presos políticos. Muy conveniente para ellos, pero no para nosotros.” Con una gran habilidad, el Ministro del Interior facilitó que un grupo de ex compañeros, presos políticos recluidos en el Cuartel San Carlos, se fugaran por un túnel en un carnaval de 1967. “A las pocas

semanas tuvo su efecto. Se discutía en la calle si se debía seguir en la lucha armada. Comenzaron las traiciones. Fuimos presa fácil del enemigo. Algunos de ellos, como los hermanos Petkoff y Pompeyo Márquez, volvieron a la vida pública y afirmaron querer participar en las elecciones de 1968”. Scorza hace gestos con sus manos sobre la mesa, señala hendiduras, hace cuadros con las palmas de las manos y con los dedos recorre caminos que ahora sólo existen en su memoria. Sólo falta el uniforme, pero aún sin éste se perfila en este hombre la figura de un estratega militar.

Diligencias de Cecilia y de amigos del extranjero permitieron que Scorza saliera, pero con una condición: el exilio. De esa manera, se marchó por dos años a Inglaterra. “Estuve entonces 5 años fuera de mi país. Porque estar en la cárcel no es estar en Venezuela, sino en el vientre del enemigo. En Inglaterra transcurrió el tiempo sin muchas nostalgias. Más bien hubo tranquilidad. Pero cuando me invitaron a volver, me vine. La lucha continuaría, pero de otra manera”.

*



Scorza en un laboratorio del Centro de Investigación Trujillano
“José Witremundo Torrealba”

No me arrepiento de nada, no soy místico. Viví negaciones, perdí el control de mi vida cuando estuve en manos del enemigo. Y por supuesto me pregunté: ¿la cárcel y las muertes por nada? Porque no pasó nada.



Mis signos son un capote contra la lluvia, fuertes zapatos y un bastón cortado en el bosque, en mi silla no seestean los amigos,

Es tarde de aguinaldos en Caracas y, como es tradición, la gente de la capital se va a El Paraíso a patinar. Echarle pichón calle arriba, a un lado de la estación de la Guardia ; para luego rodar calle abajo. Se ven las casas de los ricos que -se dice- gastan cientos de bolívares cada fin de semana, apostando secretamente en el Hipódromo Nacional.

Pero a la hora de patinar no hay bolsillos llenos de monedas que separen a la gente. Todos ruedan los patines importados de los Estados Unidos y el carromato hecho con un guacal. Entre ellos se encuentran 20 niños. Los demás no lo saben, pero esos ruidosos niños son nada más y nada menos que los hijos de las putas que alborotaban la libido de los reclutas en El Silencio de Caracas. Vienen con su maestro: José Vicente Scorza; que apenas cumplía la mayoría de edad. Pero esa noche no fue lo que se



Cómo querer imaginarlo en esa época que era maestro de la Escuela República de Panamá? Pero en los siguientes 70 años que ha vivido fueron muchas otras las despedidas. Amigos, amantes, maestros. Se han ido apagando, aunque en su cabeza y corazón siguen tan encendidos como ayer.

esperaba. Carromatos y patines de lujo se detuvieron: uno de los alumnos de Scorza se separó por segundos del grupo y, al cruzar una calle, fue arrollado por un carro. A la mañana siguiente fue su entierro en el cementerio del Sur.

Todo debía volver a la normalidad, las clases seguían y los reclutas esa noche saldrían a pasear. En el salón, el maestro Scorza decidió pasar lista: Juan, Andrés, Raúl. Llegó el turno del compañero muerto. Después de un breve silencio, el maestro dijo su nombre: “Fulano”. Uno de los niños respondió: “presente”. Y a partir de entonces, al pasar lista, José Vicente decía el nombre del ausente y alguno de los alumnos, hijos de las bulliciosas mujeres de El Silencio, se paraba y afirmaba: “¡Presente!”.

*

y apresurémonos;

Scorza recuerda esa historia con emoción. Se topó de cerca con la muerte, no en su pellejo, pero sí desde la perspectiva del ser amado. “Creé sin querer, siendo apenas un muchacho, una suerte de tensión, solidaridad social y de afecto con el desaparecido”. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo querer imaginarlo en esa época que era maestro de la Escuela República

de Panamá? Pero en los siguientes 70 años que ha vivido fueron muchas otras las despedidas. Amigos, amantes, maestros. Se han ido apagando, aunque en su cabeza y corazón siguen tan encendidos como ayer.

Enumera la lista de adioses en su laboratorio. Un lugar de techos muy altos, protegidos del sol con unas chorreadas cortinas negras. Aquí, Scorza compartió momentos con algunos quereres que ya no están.

Así sabes de José Witremundo Torrealba. “Un hombre sobresaliente, quien exprime sus horas investigando y tratando de cambiar las cosas dentro de la Universidad de Carabobo”. José Vicente hace una pausa, tal vez piensa en los días que lo conoció - cuando era su alumno en el liceo Fermín Toro a finales de los años 40-. “Fíjate que hablo en presente de él. Me cuesta creer que haya muerto y eso que han pasado 20 años”. Witremundo llevaba una vida agitada, siempre teniendo en cuenta que el cambio no es para mañana, sino para ayer. Murió a los 42 años, de una afección cardíaca producto del mal de chagas.

Scorza conoció así al padre de Witremundo: José Vicente Torrealba, científico venezolano que dedicó su vida a la investigación del paludismo y que por años inspiró y motivó a Scorza a seguir indagando en el mundo de los parásitos y las enfermedades que se originan a partir de ellos. Cuando Scorza fue despedido del Liceo Fermín Toro, a través de un telegrama, Torrealba padre le pagó un sueldo mensual de 600 bolívares para que continuara su labor de investigación. Quizás porque Torrealba compartía con

Scorza las razones que motivaron su destitución: la oposición al fraude electoral de 1952. El discípulo estuvo prácticamente escondido por dos años y produjo, en ese lapso, 10 publicaciones científicas, incluido el primer ensayo que existe en Venezuela sobre la ecología de los escorpiones venezolanos.

*

ciudades prodigiosas y naciones libres nos saldrán al paso.

El recorrido por la memoria de Scorza está plagado de muertos y de muchas cosas por hacer. Quizás porque las despedidas implican un comienzo. Y ese recorrido no sólo involucra un regreso a la niñez, sino a la historia de su país y del mundo. Rafael Rangel es un ejemplo, pues fue un personaje que lo marcó a pesar de que no se conocieron. No en vano éste trujillano, de una intensa sensibilidad que lo llevó a suicidio en 1908, fue padre de la investigación de las enfermedades tropicales en Venezuela. En la lista también son nombrados Vladimir Lenin y Josef Stalin. El primero hizo vibrar las inquietudes políticas y sociales de Scorza, cuando fue artífice de la creación de la Unión Soviética. El segundo, y presidente de la URSS, hasta su muerte en 1953, le enseñó cómo los sueños de esa “patria de todos y para todos”, pueden convertirse en una pesadilla.

*



Óleo de José Vicente Torrealba



José Witrimundo Torrealba en los años 70

si te cansas, dame las dos cargas y apoya tu mano en mi cadera,

En 1945 José Vicente se convirtió en el “Profesor Canuto”. Una vez graduado de docente en Biología y Química en el Instituto Pedagógico Nacional en 1945; Scorza obtuvo su primer trabajo como profesor del Liceo “Rafael María Baralt en Maracaibo. Sus alumnos le ponen ese mote mofándose de su delgadez.

“Estoy dando mi clase y siento de golpe un ‘meeee’. Me volteo y veo a los maracuchitos tranquilitos. Y otra vez: ‘meeee’. Entonces vi la cabra. ¡Uno de mis alumnos había traído una cabra al salón! ‘¿Quién la trajo?’ Pregunté, y era tanta mi curiosidad por saber quién había tenido la ocurrencia que prometí que no habrían medidas disciplinarias. ‘¿Está seguro que no va a aplicar sanciones?’ preguntó uno de ellos. ‘No, de ninguna manera’ respondí. Se paró uno y dijo: ‘Yo profe, yo traje la cabra’ y luego me explicó que trajo al animal que suele pastar detrás del campo de deportes. Le dije luego: ‘bueno, ¿Qué te parece si mañana vamos los dos a buscar la Cabra ?’.

Los días siguientes íbamos los dos. Yo lo acompañaba por el campo de deportes y él traía la cabra antes de entrar a clases. Al cuarto o quinto día el niño se arrodilló ante mi para que no fuéramos más. ‘A donde quiera que voy, en la escuela, en la plaza, en todos lados que voy la gente me dice: meeeee, meeeee.... Perdóneme, perdóneme’.

Ese adolescente luego se hizo el neumólogo Alfonso Gual Parra. Y además, se convirtió en uno de los mejores recuerdos que guarda Scorza de aquella tierra con un sol implacable y también en uno de sus grandes amigos -hasta que murió por una insuficiencia cardíaca-. “Iba a mi casa y se echaba unos palos conmigo. Mi hijo lloró cuando le dije que Alfonso había muerto”.

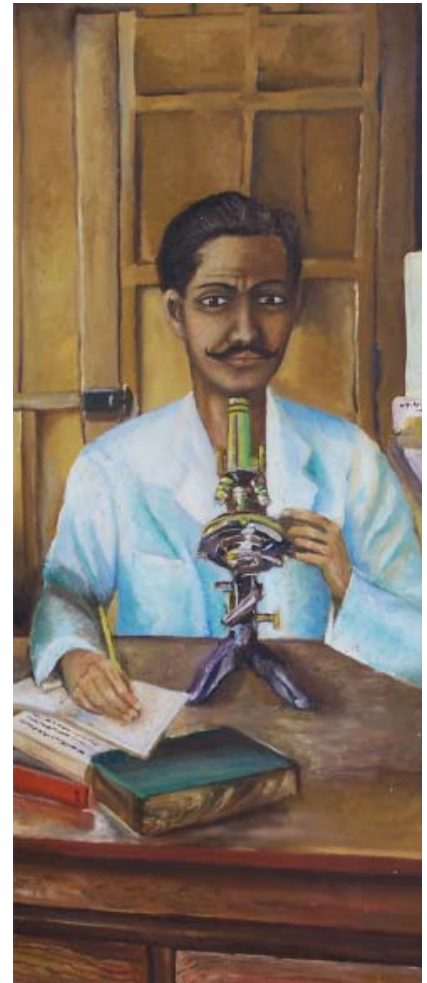
*

y a su debido tiempo me devolverás el mismo servicio,

De lunes a viernes José Vicente Scorza trabajaba como Profesor de Parasitología en la Escuela de Biología de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela. Los fines de semana fabricaba armas en Acarigua, en su puesto de Capitán de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional. Pasó muchas noches con sus camaradas: diseñando tácticas, escudriñando debilidades de los enemigos y buscando la manera de salvar a un compañero que cayó preso.

En una guerra los días son agitados, los amigos caen y no puede haber mucho tiempo para lamentarse. Hay que seguir. Pero en la memoria van quedando los nombres y hoy, 40 años después, están muy presentes en su lista de afectos.

Uno de éstos cómplices de armas y anhelos fue Carmelo Mendoza. “Joven. Bello. Fue fusilado en



Detalle de Retrato de Rafael Rangel.

Barquisimeto. Mendoza fue uno de los únicos que usó con orgullo las armas fabricadas en Venezuela. Un hombre que creyó en lo que hacíamos y por eso el enemigo lo fusiló. No lo metieron en la cárcel, nada de: 'Pórtate bien'. ¡No! ¡Lo fusilaron! Carmelo fue uno de los pocos presos asesinados, porque realmente era un peligro. Su lucha era muy consciente y definida”.

Otro camarada de nacionalidad española fue Miguel Vicente García Usejo. Lo ametrallaron en una fábrica de armas de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional en los Teques, justo cuando apresaron a Scorza. También se cuenta a Alberto Lovera. “Lo asesinaron y tiraron en Lechería, como un don nadie, en una playa. Muchos muertos, amigos, gente que nos arriesgamos por una misma idea”.

Estas pérdidas lo hicieron regresar del exilio en Inglaterra, al que partió después de dos años de prisión en la Cárcel Modelo de Caracas. Tuvo que rechazar, entonces, la propuesta de permanecer como Miembro del Cuerpo de Profesores de London School of Hygiene & Tropical Medicine; una de las instituciones más destacadas en el área de la investigación de la parasitología. “Pensé en ellos (sus camaradas). Cómo de alguna manera me libraron de esa suerte, de la muerte. Bajo ninguna circunstancia pude decir: boto tierrita y no vuelvo más. ¡No! Volví”.

No retornaría a lo mismo. En 1969 pisó su tierra, nuevamente, junto a Cecilia y sus cuatro hijos. Algunas personas le pidieron que aceptara el cargo de secretario de la Universidad Central de Venezuela -casa de estudios que en ese momento

estaba intervenida por el gobierno de Rafael Caldera-. “Cuando sobrevives el balance es siempre bueno. Y si sobrevives con honor y con tu integridad moral intacta, entonces el balance es mucho más rico. Yo soy un hombre feliz, porque la mayoría de las veces mi balance ha sido bueno. Cuando volví ya no había gente con qué hacer nada. Regresé con el principio de que al perro lo capan una sola vez. A mí me llamaron algunos de ellos a mi regreso y yo pensé: ¡pal carajo! Punto. Todavía cargaba la sensación de esos camaradas que había perdido. ¿Para qué? Sangre corrió y aquí no pasó nada”.

*

porque ya emprendida la marcha nunca descansaremos.

“Me di cuenta que podía ser útil haciendo otras cosas. Mañana estarán aquí los obreros del departamento de salud de Trujillo. Están interesados en saber cómo se identifican los parásitos de la malaria en la sangre. Les ayudaré en lo que pueda. A mi eso me parece tan importante como agarrar un fusil”. Quedaría atrás la lucha violenta en el frente de Trujillo junto a Fabricio Ojeda. Al inicio de los 70, Scorza decidió enfocarse en sus otras dos pasiones: la investigación de enfermedades tropicales y la docencia.



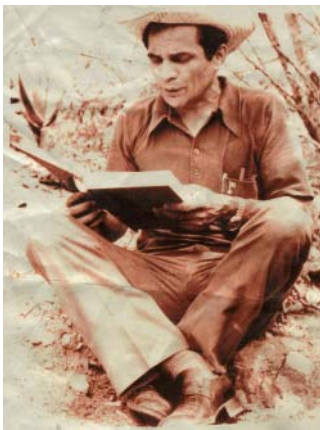
Camino similar al de otra de sus compañeras de ruta: Silvia Rezzano. “Ella era exiliada desde la Argentina, y estuvo presa en Villa de Loto. Fue torturada. Era comandante de un frente guerrillero en Buenos Aires. La delataron. Le pasó algo parecido a lo que me pasó a mí, sólo que era mujer e hicieron con ella los que les dio la gana”. Silvia era Farmacóloga. De día compartían su interés por batallar en contra de las enfermedades tropicales, en el Centro de Investigaciones Parasitológicas José Witremundo Torrealba. De noche, besos, caricias e historias crueles que culminaron en la desazón por las luchas armadas que no llegaron a nada.

Silvia murió en La Habana, país que para Scorza, y para ella, representaba una esperanza de cambio social. Se encontraban en la isla dando unas charlas sobre el mal de chagas en el Instituto “Pedro Kouri”. Un fuerte choque en el autobús que los llevaba expulsó a Scorza por varios metros lejos del vehículo, al mismo tiempo que le arrancaba la vida a esta mujer -una de las que más quiso-. Silvia le dejó una hija con el mismo nombre, que ahora vive en Buenos Aires y le dio un nieto. Su rostro combina el indio de Scorza con la esbeltez blanca de Silvia, enmarcado en una fuerte cabellera roja.

Las personas se van. Muchas esta tarde de mayo cuando Scorza confiesa que no puede contarlas todas. Pero el amor, la palabra y el recuerdo les permite seguir viviendo a través de los otros.



Mis signos son un capote contra la lluvia, fuertes zapatos y un bastón cortado en el bosque, en mi silla no sestean los amigos,



José Witremundo Torrealba

-Como toda buena aventura, este viaje tenía como fin develar un secreto: ¿qué hace que en ciertos paisajes enfermedades como el mal de chagas ataquen sin piedad al niño de la escuela, a la anciana que remienda y al perro que vigila? José Vicente Scorza y un grupo de estudiantes del postgrado de Parasitología de la ULA salieron desde Mérida a Trujillo, montados en el Jeep Willy de José Witremundo Torrealba -quien fuera su amigo y alumno en el

Liceo Fermín Toro, durante la junta de gobierno-. El objetivo era encontrar respuestas a través de un trabajo de campo, en una zona endémica de esta enfermedad. A mediados de los años 70, estos investigadores se toparon con algo similar a lo que existe actualmente en los alrededores de la capital del estado: monte sin cortar a los lados de la vía; árboles que guardan a la gente del sol pero que incrementan la humedad del ambiente; y varias casitas de adobe y zinc, donde campesinos, artesanos y vendedores ambulantes pasan el final de la tarde recibiendo visitas.

En estas viviendas la naturaleza sigue reclamando territorio, y es común ver hormigas rojas que sin pudor roban el azúcar de la cocina y polillas que, por más que lo intentan, no logran colarse a través de la pantalla del televisor. También los chipos buscan refugio por los rincones y se acomodan los mosquitos en las paredes; muchos de ellos transmisores de enfermedades que hacen de Trujillo uno de los cinco estados de Venezuela con episodios endémicos de Leishmaniasis - enfermedad que la mayoría de las veces produce llagas en la piel-.

Ese primer viaje en jeep duraría tres meses, pero Scorza lo alargó otros 30 años. En Trujillo encontró demasiados problemas y no pudo



Scorza en sus primeras investigaciones sobre la Leishmaniasis

pasar la página o hacer de esta travesía una visita más. Decidió convertir la región en su campo de investigación y transmitir a sus pares que Trujillo era bastión en la lucha en contra de las miserias de la salud, especialmente, para el hombre rural. “Sin embargo, ha habido un poco de contrariedad entre lo que yo hubiera deseado y lo que fue posible hacer. Como siempre. Creo que ha sido poco lo que he hecho en comparación a los problemas que existen”. Integrándose al Núcleo “Rafael Rangel” de la Universidad de Los Andes, pudo crear la Maestría en Protozoología y el Centro Trujillano de Investigaciones Parasitológicas “José Witremundo Torrealba”; que en principio encaminaban sus acciones al estudio de la Leishmaniasis. Más tarde fue atendiendo otras enfermedades tropicales como la malaria, el mal de chagas y la encefalitis equina.

*

no tengo cátedra ni iglesia ni filosofía

El encuentro con la Leishmaniasis, y la obsesión de Scorza por combatirla, empezó algunos años atrás. Visitó, junto a unos amigos, a los familiares de Cecilia Dagert –su novia para ese entonces-, que vivían en Guatopo. “Me encontré con un brote de Leishmaniasis. Era la primera vez que yo veía la enfermedad en actividad. Inmediatamente nos pusimos Cecilia, otros dos compañeros y yo, a investigar los mosquitos responsables de su transmisión”.

Scorza, que en ese momento se encontraba cesante en su trabajo como profesor en el Liceo Fermín Toro, y se puso a trabajar en

Rancho Grande, una cordillera ubicada entre Maracay y Ocumare de la Costa. Prefería estar bajo perfil porque la policía política lo había pillado como opositor del gobierno de Marcos Pérez Jiménez. “Desde esa época me quedó la idea de investigar la relación de la Leishmaniasis con los mosquitos, la naturaleza y las personas que la padecen”. Esas preguntas tejidas alrededor del mal quedaron casi en segundo plano durante un periplo de quince años que lo llevó de guerrillero, presidiario y exiliado; a director del Curso de Postgrado de Parasitología de la Universidad de Los Andes en Mérida.

Fue entonces que viajamos a Trujillo en el jeep de Witremundo, para que los estudiantes conocieran de cerca el comportamiento de las enfermedades en las comunidades. Llegamos a Malariología y tuve la inmensa suerte de encontrarme con un inspector que se llama Julio Mogollón, que nos sugirió fuéramos a Chejendé”.

*

Chejendé queda a una hora de la capital de Trujillo, en dirección a los llanos de Portuguesa. Julio, el inspector de Malariología, logró que el grupo hiciera contacto con el médico de la zona. “Dormimos en el liceo porque no había hotel, en unas camas que nos prestó el ejército. Estuvimos resueltos. Una señora estuvo dispuesta a cocinar. Todo se dio en horas y de manera espontánea”.

Combatir las enfermedades que aquejan el piedemonte andino también sobrepasó las fronteras de lo que se puede hacer desde un



Scorza en trabajo de campo

laboratorio: bajo la premisa que es mejor prevenir una enfermedad que tratarla; el equipo del Centro de Investigaciones Trujillanas José Witremundo Torrealba -integrado por científicos como Elci Villegas, Elina Rojas y Milagros Oviedo - ha realizado trabajos intensivos en la ciudad, los pueblos y caseríos para -por ejemplo- enseñar a las comunidades a reconocer los chipos que causan el mal de chagas.

*

El grupo conoció entonces de cerca las miserias del piedemonte andino. No sólo en Chejendé, también en otros poblados como Miquimbay y los Paraparo. “Paseamos y nos dimos cuenta de que las casas estaban minadas con los chipos transmisores de la malaria. Prácticamente toda la comunidad estaba infectada. Era un sitio interesante. Lamentablemente interesante, para un hombre como yo”.

En una semana Scorza pudo hacer un verdadero cuadro de qué era la enfermedad de chagas. “Y dije: este es el sitio ideal para investigar y se acabó. Me vine. La solidaridad de la gente, la receptividad, y la naturaleza de los problemas que había me cautivaron”. Los resultados de Scorza no sólo se miden por sus artículos publicados en revistas científicas; sino en la creación de un tratamiento localizado contra la leishmaniasis, utilizando un medicamento llamado Ulamina que genera menos efectos colaterales y es más económico que sustancias similares elaboradas fuera de Venezuela.

no llevo a ningún hombre a una mesa puesta, a la biblioteca, a la bolsa, pero a cada uno de vosotros, hombre o mujer, lo llevo a una cumbre.



Scorza junto al Jeep de Witremundo Torrealba

Scorza piensa luchar por los problemas de los trujillanos hasta que la Naturaleza o Dios digan lo contrario. “La semana pasada se publicó el informe del Ministerio de Salud y Desarrollo Social en el cual se decía que Trujillo es la ciudad de Venezuela con el mayor índice de mortalidad infantil y de parturientas. Eso me perturba, me anima, y me obliga a seguir trabajando”. Su nueva obsesión es conseguir una solución a la proliferación de moscas –y por ende el incremento de episodios diarreicos entre los niños- debido a la utilización de excrementos de gallina como abono para los sembradíos de pueblos fríos, como Timotes.

El Jeep de José Witremundo sigue existiendo como una pieza de museo, en la sede del Núcleo Universitario Rafael Rangel. Una vez rodó por el piedemonte andino buscando los secretos de las enfermedades tropicales. Hoy se convierte en vehículo de la memoria. Pero el viaje no ha terminado. Todavía hay muchas cosas que ver, muchos mundos por descubrir. Al menos en esas lides Scorza ya ha trazado el camino.

*



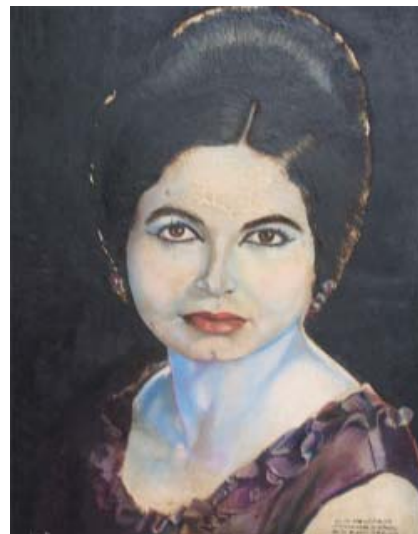
Mi brazo izquierdo ciñe tu cintura, mi derecha señala los continentes y el gran camino.

El andar de José Vicente Scorza ha estado acompañado de mujeres. “Siempre están ellas. Siempre”. Muchas veces un cuerpo desnudo y una conversación inteligente avivaron su inquietud, y unas manos suaves le curaron las heridas. Fueron ellas quienes le salvaron de la soledad u otras veces le empujaron a ella; luego de un desengaño, al menos el que se atreve a confesar.

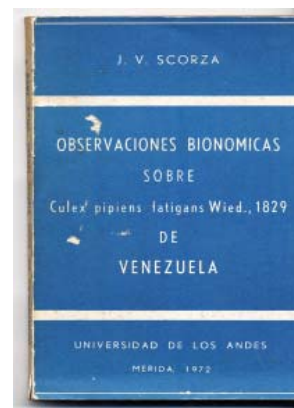
Carmelina Regio además de su segunda esposa fue su delatora. Scorza se levantó en contra del fraude electoral de Marcos Pérez Jiménez del 2 de diciembre de 1952. La mujer habló de los movimientos de su marido con un amigo del Ministerio del Interior, creyendo que así lo protegía de las repetidas desapariciones ocurridas durante el comienzo de la dictadura. José Vicente no pudo perdonar a Carmelina, quien fue además su compañera de nupcias y docencia - enseñaba Química y Biología - en el liceo Fermín Toro y le dio tres hijos varones. Ella lo empujó a dos años de anonimato, y lo había querido obligar a renegar de sus ideas.

En ese tiempo, Scorza quedó cautivo de quien declara es la mujer de su vida: Cecilia Dagert. “Con ella probé el amor más intenso y prolongado”. Se enamoró de Cecilia en la privación. Una vez libre -de Carmelina, no de la policía- comenzó un intenso intercambio de cartas con quien fue su ex alumna en el Liceo Fermín Toro. “Al principio hablábamos de la vida, del país, de banalidades. Poco a poco esas palabras, que decían de lo mismo, hablaban de amor. Una seducción al parecer tenue, pero fue voraz. Jamás amé a una mujer como amé a Cecilia, cuando la quería y no la tenía”.

Esa misma Cecilia lo visitó muchas veces cuando estuvo recluso en la Cárcel Modelo, luego de ser acusado de terrorista, el 28 de octubre de 1965. Lo veía varias veces por semana y, el resto de los días, corría de un amigo a otro buscando la manera de sacarlo, y sacarlo implicaba el exilio. “Me llegaba los domingos con los tres hijos y se despedía con llanto. Esa vaina amarga y poco a poco se te va haciendo un nudo en la garganta. Y me preguntó: ‘¿Te quieres ir?’. yo dije: Sí, me voy pal carajo... no soy masoquista. De modo que cuando la juez le dio a Cecilia esa alternativa, me fui a Inglaterra”.



Retrato de Cecilia Dagert, pintado durante la estadía de Scorza en la Cárcel Modelo



Portada de Observaciones bionómicas sobre *Culex pipiens fatigans*.

Pero primero quiso pasar un mes más en la cárcel para culminar un manuscrito de 198 páginas, Observaciones bionómicas sobre *Culex pipiens fatigan*, sobre cómo una especie de mosquito puede desarrollarse en absoluta oscuridad. Insomnes, como él. "Pero pudo más ella que mi voluntad". En una semana adelantó casi todo el trabajo, pero el libro sólo sería impreso 10 años después.

Finalmente se fue del país. "Pensé en quedarme afuera, pero un día Arnoldo Gabaldón (científico y amigo) me dijo: 'Scorza, el país lo necesita'. Él habló con Rafael Caldera para garantizar que no fuera perseguido a mi regreso. Y regresé en 1969". Pero no retornó a la Universidad Central de Venezuela, adonde pertenecía desde 1956 (y que en el momento de su arribo del exilio se encontraba intervenida por el gobierno) sino que se sumó al equipo de profesores de la Escuela de Biología de la Universidad de Los Andes.

*

ni yo ni ningún otro puede andar por ti ese camino,

En la planta baja de la casa de Cecilia Dagert en Mérida, Scorza bebe un poco de whisky. Se escucha la voz de Cecilia desde arriba, excusándose porque se va de viaje a Europa y anda arreglando sus maletas y las de José Vicente.

Frente a un escritorio, Scorza enseña algunas fotos: las de sus hijos y nietos, una no tan vieja de los últimos días de su padre y otra



Cecilia Dagert y Scorza (1961)

“Pienso en la mujer y todavía no tengo todas las respuestas. Pero hay algo. Para ellas el amor tiene otro perfume, otra esencia y también otras consecuencias”.

de su estadía en Hamburgo recién casado con Cecilia, hace unos 50 años.

“¿La mujer? He estado pensando sobre eso y me viene a la mente una cosa que una vez vi y me dejó perplejo. Estando en un hato, me puse a ver el comportamiento de las vacas y los toros. Entre los animales estaba una ternera en su primer celo. A ella no le interesaban los terneros, sino que le gustó el toro padrote. Cuando se le acercaba, levantaba la cola así”. Scorza levanta su dedo erecto al cielo. “La encerraron, pero no importó. El toro se las arregló, tumbó la puerta que lo separaba de su hembra, y la montó. Todos allí sabíamos lo que pasaría: era un padrote tan inmenso que al montarla le reventó las patas. Todavía con el toro encima hubo que cortarle el cuello, sacrificarla. El toro culminó su trabajo y siguió y la ternera quedó allí”. José Vicente hace una pausa y observa la botella que está a punto de terminar. Cecilia baja un momento. Tiene el cabello negro y espeso, los labios gruesos pintados de un color rosa oscuro y las cejas de castaño completamente arqueadas, como las usaban las actrices de los años 40. “Pienso en la mujer y todavía no tengo todas las respuestas. Pero hay algo. Para ellas el amor tiene otro perfume, otra esencia y también otras consecuencias”.

José Vicente no tiene todas las respuestas sobre la mujer, pero sí acumula miles de noches inolvidables. Como aquella cuando el olor de Cecilia y el olor de la pólvora se metieron en su cuerpo y su piel despertó. “Se me eriza la piel. Habrán pasado más de 40 años, pero recuerdo esa noche como si fuera ayer”. Su misión era

llevar a un grupo de estudiantes, trabajadores y profesores de la Universidad Central de Venezuela a una loma en El Junquito, en medio de una de las tantas pugnas políticas de los años 60. José Vicente era el líder, dirigente natural, fumador empedernido, nacido de la Facultad de Ciencias.

No recuerda el día preciso, pero sí rememora el ruido de las balas, el pelo negro de Cecilia, aquel nudo de placer desatado en minutos. Un día peculiar, sin duda alguna: creía, al igual que muchos, que de la lucha armada nacería una nueva Venezuela. Los cambios fueron otros: preñada quedó Cecilia, después de hacer el amor, turbados por el ruido de los perdigones. Los adecos siguieron gobernando y la soñada transformación política nunca llegó.

ciudades prodigiosas y naciones libres nos saldrán al paso.

Scorza tiene otro refugio en Trujillo: la casa de Elina Rojas - madre de su hijo menor Miguel y compañera de investigación-. Queda a 15 minutos de la sede de la Universidad de Los Andes en Carmona; y durante toda la mañana se cuele por la ventana una comparsa de cristofués, guacharacas y grillos. Allí te enseña un espacio que es sólo de él. Se trata de un pequeño cuarto que no medirá más de cinco metros cuadrados, que sirve de estudio. Tiene algunos textos en revisión y en este espacio suele pintar. Se complace en enseñarte un óleo aún sin terminar: un cuerpo desnudo que habla de una mujer

de espalda un tanto rolliza en todo su esplendor. “Es Cecilia, son las nalgas de Cecilia”, dice con una sonrisa para agregar picardía al ambiente. Luego te enseña unos libros. Está leyendo el último de Humberto Eco y la foto de su hija con Silvia Rezzano, una vieja compañera que murió.

En ese instante un colibrí, un picaflor, entra por la ventana a beber el néctar de unas astromelias, que tiene colocadas en un jarrón. “Siempre me han gustado, las mujeres. No lo puedo negar. Tampoco han sido muchas: solo siete. Hay canallas que han acumulado más, te lo aseguro. A todas las he querido mucho en su momento. He estado con cada una de ellas infinitamente. Si me preguntas por los afectos, puedo decir que esa parte mi vida ha sido muy satisfactoria”.

Cuando sus compañeros se preocupaban por saber cómo se hacía un nudo triangular con la corbata, o ser originales repitiendo letras de canciones de las cuales no entendían nada; Scorza prefirió ser rebelde en aquella rebeldía.



Scorza pinta en su estudio en Trujillo

El 19 de diciembre de 1935 lo sorprendió en la esquina de Gradillas una multitud que pedía la cabeza del general Velasco, luego de ser anunciada la muerte de Gómez. Hubo en Venezuela una conmoción política sin una ideología precisa. Saqueos en el centro de Caracas e, incluso, algunos integrantes del gobierno saliente fueron colgados en la calle.

Fue la primera vez que Scorza escuchó la palabra comunista. “No sé quien la dijo, pero recuerdo que se lo pregunté a mi abuela, ella me dio una cachetada y me dijo: ‘¿Quién te dijo esa palabra, quien te dio esa palabra...?!’ Y pafff”. Scorza imita el preciso golpe de la anciana “¡Qué bofetón!. Y yo dije: ‘¡Coño!... esto debe ser una vaina muy importante.’” Y para la abuela Trina lo era. Cuando murió Gómez, lo primero que hizo fue irse a un rincón y ponerse a llorar arrodillada. Ella había vivido toda la Guerra Federal y, como tantos otros, veían a Gómez como un pacificador. El comunismo llegó a través de una palabra a la mente de Scorza, y él se dejó seducir por una mujer.

*

no queda lejos, está a tu alcance,

La vida de Scorza, signada por las mujeres, comenzó en la infancia. “Soy el hermano mayor y detrás de mí hay seis pantaletas. De modo que cuando mi padre me buscaba para que lo acompañara en su trabajo como inspector de sanidad, me sentía altamente diferenciado”. Scorza frunce el entrecejo y recoge el torso caído encima del banco. Alza su pecho como un pajarraco orgulloso de su plumaje. “Me sentía distinto, pero nunca solo”. Descansa un poco la pose de varón altivo. “No pude ejercer el mayorazgo, pero tampoco me sentí acorralado por ellas. Las quiero mucho. Todas están vivas. Matronas ya, abuelas y bisabuelas”. El hermano mayor trata de describir las pero se interrumpe pronto: esos comentarios le quedan mejor a las mujeres.

“Ellas permitieron que yo tuviera un espacio para mí, casi secreto. Mis hermanas me veían como un bicho raro, y me sentía como un bicho raro cuando me buscaban en la noche para salir a la retreta en la Plaza de El Panteón. Prefería quedarme a solas con mi libro donde había una foto de la luna”.

En la lejana niñez tuvo otros dos afectos inolvidables: Rosa Delgado y Sebastiana Reyes. “Con ambas bebía con moderación. Siendo un niño, me trataron como un hombre”. Ellas vivían con su tío abuelo, Juan Manuel; a quien recuerda como su mentor. En esa casa no sólo aprendió el gusto por el whisky -que bebe un vaso o dos casi todas las noches-, también la trascendencia de lo histórico: la Guerra Civil en España y la Segunda Guerra Mundial.

quizá esté en todas partes, en mar y en tierra.

José Vicente Scorza se sienta en la sala de la casa de Elina Rojas a desayunar. Es atendido por una señora, quien le recuerda que se tome una pastillita y le sirve una arepa perfectamente circular. El café con leche al frente humea y él toma sin temor. El científico comenta las noticias que vio la noche anterior. las noticias que vio la noche anterior. “Creo que el ataque de Estados Unidos es inminente. Por eso ahora quiero editar mi libro sobre mi andar con la guerrilla: Ciencia y Ficción. Creo que las experiencias son irrepetibles. No creo que este libro sirva para más que para dejar testimonio de mi historia y de la de algunos compañeros. Ese libro también tiene la receta para hacer unas bombas de mano con unos pocos implementos que se tienen en cualquier casa. Cuando el imperio venga, la gente, el pueblo, podrá consultar ese libro y defender a Venezuela”.

Las historias de amor, de sus mujeres, es un libro por hacer, porque todavía no han culminado. Él escribirá de valles profundos hallados en una oreja o un ombligo, montañas que en sus vértices hay pezones oscuros o rosados, torrentes de saliva de besos sin pudor.

Patria madre, patria hija. Patria que le vio nacer. Patria donde un árbol se nutrirá de sus huesos. Patria por la que casi muere, tantas veces. Patria que sólo le dejó el camino del exilio en Inglaterra, para salvar su vida. Patria que le dio de nuevo cobijo. Patria de tres de sus mujeres:

Como prueba fehaciente de esta historia, Scorza saca un grueso libro anaranjado y enseña la publicación en la que su nombre está acompañado de sus alumnos del Fermín Toro. Por supuesto, está presente Tatiana, aquella joven maravillosa que actuaba por lo que creía.



Retrato de Elina Rojas

Sara, Carmelina y Cecilia. Patria por la cuál las dejó tantas noches solas. Patria que recibió a otro de sus amores profundos: la argentina Silvia Rezzano. Patria en que también conoció la piel morena de Elina. Patria sol, patria luna, patria enfermedad, patria cura.

*

quizá estabas en él desde que naciste y no lo has sabido,

Scorza enviudó con apenas 22 años. Sara Ravelo, una guariqueña quien fuere su primera esposa, murió por 1945, cuando él trabajaba como profesor de Biología y Química en el Liceo Rafael María Baralt de Maracaibo.

Sara le había dado su primer hijo, que su madre se encargó de criar. Un año más tarde el profesor “Canuto” -como lo llamaban sus alumnos maracuchos debido a su delgadez- impartía clases de biología en el Liceo Fermín Toro, en Caracas, que en esa época era referencia para el movimiento estudiantil e intelectual en contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Otra vez se encontraba en la capital. Scorza recuerda especialmente a una alumna llamada Tatiana, hija de emigrantes rusos. “No teníamos un buen laboratorio y ella tuvo la ideas de que alquiláramos el Teatro Alcázar en El Panteón y que pasáramos películas vespertinas los sábados, para reunir fondos. Ella y otros

compañeros nos armamos en esa. Veíamos las películas y las discutíamos”.

Tatiana y sus amigas salían con su uniforme y vendían entradas. Llenaban la sala con la excusa de un buen laboratorio, pero también con el objetivo de tener un espacio para ideas nuevas a través de películas como El Gran Dictador de Charles Chaplin. Tatiana también fue la que llevó al Fermín Toro al pianista polaco Arturo Rubinstein, quien había sido invitado por el Ministerio de Educación de la época, y a quien convenció -hablando su idioma- que diera un concierto en el anfiteatro del liceo, también a beneficio del laboratorio.

www.saber.ula.ve/iconos

Universidad de Los Andes
Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico (CDCHT)
Centro de Teleinformación (CTI)
Corporación Parque Tecnológico de Mérida (CPTM)
Mérida - Venezuela

Redacción: Adriana Puleo Ponte | Diseño gráfico: Taima Pérez

